

La Palabra de Salvación¹

La segunda palabra desde la cruz se habló en respuesta a la petición del ladrón que moría en un madero al lado de nuestro Señor. Antes de considerar las palabras del Señor, examinaremos primero lo que las ocasionó.

No fue un accidente ni mera casualidad que el Señor fuera crucificado en medio de dos ladrones. No hay casualidades ni coincidencias en un mundo gobernado por Dios. Este fue un día tan importante en la historia del mundo que estoy seguro que cada detalle fue planeado minuciosamente. Dios presidía con autoridad en aquel escenario sangriento sin duda. Desde la eternidad había determinado la manera y el momento en que su Hijo moriría. Nada se hizo por coincidencia ni por capricho del hombre. Todo lo que Dios había ordenado se cumplió exactamente como lo había ordenado. Lo que hizo el hombre fue precisamente lo que Dios determinó que se hiciera (Hch 4:28).

Cuando Pilato dio la orden de que nuestro Señor fuera crucificado entre dos ladrones, estaba cumpliendo el decreto eterno de Dios sin siquiera saberlo. Setecientos años de que este oficial romano diera tal orden, Dios había declarado por medio de Isaías que su Hijo habría de ser contado entre los transgresores (Is 53:12). Cuán improbable habría sido esta declaración para los lectores veterotestamentarios – que el Santo de Dios fuera contado entre los malehechores, que el que con su propio dedo había inscrito la ley sobre la piedra fuera contado entre los transgresores de la ley, que el Hijo de Dios fuera ejecutado entre los criminales. Esto parecía totalmente inconcebible. Sin embargo, es exactamente lo que sucedió. Ni una palabra de Dios es falsa. Ni una errónea. “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Sa 119:89). Así como el Señor decretó, así como anunció, así mismo aconteció.

¿Por qué decretó Dios que su Hijo fuera crucificado entre dos ladrones? Ciertamente Dios tuvo una razón – una buena razón, una razón eterna. Aunque la podemos discernir o no, Dios tuvo una razón. Dios no actúa al azar ni por capricho. Tiene un propósito bondadoso en todo, pues todas sus obras son decretadas en la sabiduría infinita. En este caso particular, podemos aseverar varias hipótesis acerca del propósito de Dios. ¿Será que nuestro Señor fue crucificado entre dos ladrones con el fin de demostrar la profundidad de la vergüenza a la cual descendió por nuestra causa? En su

¹ Fragmento de *Las Siete Palabras del Salvador desde la Cruz*. Tampa, Florida: Editorial Doulos, 2012.

nacimiento fue rodeado de bestias y ahora en su muerte es rodeado con lo ínfimo de la humanidad. ¿Será que nuestro Señor fue crucificado entre dos ladrones con el fin de mostrar la posición que ocupó en sacrificio por nuestro pecado? Tomó ese lugar por allí deberíamos de haber estado usted y yo, lector – el lugar de la vergüenza, el lugar de los transgresores, el lugar de los criminales condenados a la muerte. ¿O será que fue crucificado entre dos ladrones con el fin de que en esos tres maderos y en aquellos que colgaban allí se desarrollara el drama de salvación y la respuesta humana a la intervención divina – el pecador creyente y arrepentido a la diestra, el pecador necio y soberbio a la siniestra?

Otra lección importante que podemos sacar de la crucifixión de Jesús entre dos ladrones – uno que lo aceptó y otro que lo rechazó – tiene que ver con la soberanía de Dios. Los dos malhechores fueron crucificados juntos. Ambos atestiguaron toda la pasión de Cristo. Ambos eran viles entre los viles. Ambos sufrieron de forma aguda. Ambos estaban muriendo y ambos necesitaban del perdón de Dios. Sin embargo, uno murió en sus delitos y pecados, murió como vivió – endurecido e impenitente. El otro se arrepintió de su maldad, creyó en Jesús, clamó por su perdón y terminó en el paraíso. ¿Cómo podemos dar cuenta de estas respuestas diametralmente opuestas si no por la soberanía de Dios? Observamos exactamente lo mismo hoy en día. En las mismas circunstancias y bajo las mismas condiciones, uno se arrepiente y el otro se endurece. Ante el mismo sermón, un hombre escucha con indiferencia mientras que otro abrirá sus ojos y verá la misericordia de Dios. Para uno el evangelio es hecho visible pero para el otro es hecho oculto. ¿Por qué? Todo lo que podemos decir es: hágase tu voluntad. Sin embargo, la soberanía de Dios nunca absuelve la responsabilidad humana. Ambos son verdades bíblicas innegables. Nuestra responsabilidad es de enseñar y predicar ambas verdades aunque las podemos reconciliar o no. Al predicar ambas, puede que nuestros oyentes nos juzguen de locos, impertinentes o irracionales. Pero ¿eso qué importa? Al predicar 1 Timoteo 2:3-4, Charles Haddon Spurgeon dijo: “Allí está el texto y yo creo que el deseo de mi Padre es que todo hombre conozca la verdad y sea salvo. Sin embargo, también sé que no salvaré a ningún hombre que no crea en su Hijo Cristo Jesús, pues nos ha dicho vez tras vez que no lo hará. No salvaré a ningún hombre que no se arrepienta de sus pecados y voltea a Cristo con plenitud de corazón. Esto lo sé. También sé que en su infinita y eterna misericordia, Dios ha elegido a quienes en su poder infinita liberará de las garras del pecado. ¿Cómo cuadra la primera afirmación con la segunda? Esa es una de las cosas que no sé”. También dijo el príncipe de los predicadores: “Yo predicaré lo que dice la Palabra y entenderé la Palabra tal como está escrita. Aunque sea capaz de reconciliarla o no, yo creeré la Palabra”. Volvemos a repetir, pues, que la soberanía de Dios no libera al hombre de su responsabilidad. Hemos de hacer uso diligente de todos los medios que Dios nos ha provisto para alcanzar la salvación. Tenemos que predicar el evangelio a toda alma. La gracia es gratuita. La invitación es tan amplia que se extiende a todo aquel que cree. Cristo no rechaza al que tocara a su puerta. Sin embargo, después de haberlo hecho todo, es Dios quien ultimadamente da el fruto y esto lo hace según su voluntad soberana.

En la salvación del ladrón tenemos una visión clara de la gracia victoriosa. Dios es el Dios de toda gracia y la salvación es cien por ciento por su gracia. “Por gracia sois salvo” (Ef 2:8) y es gracia de principio a fin. Por gracia se planificó la salvación, por gracia se proveyó la salvación y por gracia es que los elegidos vencen el corazón endurecido, la voluntad obstinada y la mente enemistada con Dios. Es sólo por gracia que un hombre puede llegar a ser salvo. La gracia inicia la salvación, la gracia hace que la salvación permanezca y la gracia nos lleva a la gloria venidera.

La salvación por la gracia – por la gracia soberana, irresistible y libre – se ilustra en el Nuevo Testamento con ejemplos y como precepto. Los dos ejemplos más sorprendentes tal vez sean el de Saulo de Tarso y el del ladrón. El caso de este último es, de hecho, más llamativo que el anterior. En el caso de Saulo, quien después se convertiría en Pablo el apóstol a los gentiles, hubo un carácter moral ejemplar desde antes de la conversión. En sus últimos años, Pablo escribió acerca de su

condición antes de la conversión. Era un fariseo de fariseos. Minucioso en sus hábitos. Correcto en su comportamiento. Moralmente, su carácter era sin mancha. Después de la conversión, su vida cambió y su justicia no fue moral sino una justicia basada en el Evangelio. Motivado por el amor de Cristo, dedicó el resto de su vida a la proclamación del Evangelio y a la edificación de los santos. Sin duda, todos estarán de acuerdo en que Pablo vivió la vida cristiana como ningún otro y que su devoción a nuestro Señor no ha sido igualado en 2000 años. Pero el caso del ladrón es totalmente opuesto. No hubo una vida moral antes de la conversión. Tampoco hubo una vida de servicio y devoción después de la conversión. Antes de la conversión no respetaba ni la ley de Dios ni la ley del hombre. Después de su conversión murió antes de que pudiera servir al Señor. Hago énfasis de esto, porque son precisamente estas dos cosas a las que la gente suele atribuir erróneamente la salvación. A la vida moral o a la vida de devoción. Se dice que debemos desarrollar un carácter noble y recto ante Dios para que nos pueda aceptar. Se dice además que después de que nos haya recibido, debemos vivir una vida ejemplar para mantener la salvación. Estas son las buenas obras a las que a menudo se atribuye la salvación. Sin embargo, el ladrón no tuvo ninguna buena obra. Por lo tanto, la única y exclusiva forma en que él puede haber sido salvo es a través de la gracia soberana.

La salvación del ladrón también arrebató otro argumento carnal que sirve para robarle a Dios la gloria de su gracia en la obra redentora. En vez de atribuir la salvación del alma perdida a la gracia inigualable de Dios, algunos que dicen ser cristianos intentan atribuirla a las influencias, los instrumentos o las circunstancias humanas. Se piensa que la salvación se debe principalmente a las palabras elocuentes del pastor o por la tenacidad en las oraciones de los creyentes. No nos equivoquemos en este punto. Es cierto que Dios se complace en utilizar varios medios en la conversión de los pecadores. Es cierto que con frecuencia bendice nuestras oraciones y nuestros esfuerzos de llevar al pecador a los pies de Cristo. Pero Dios no es limitado por estas cosas. No es limitado por los instrumentos humanos. Su gracia es todopoderosa y cuando a Él le complace, puede utilizar esa gracia para salvar a pesar de la falta de instrumentos humanos y frente a condiciones y circunstancias que no favorecen la conversión. Esto fue exactamente lo que sucedió con el ladrón.

La conversión del ladrón ocurrió cuando, según las apariencias humanas, Cristo había perdido todo poder y toda autoridad. La idea de que un hombre clavado a un madero pudiera salvar a otros cuando pudo salvarse a sí mismo es una locura. Este ladrón acompañó a Jesús por las calles de Jerusalén y lo vio hundirse bajo el peso de la cruz. Lo más probable es que ese día fue la primera vez que vio al Señor. Y cuando lo vio, lo vio en toda su humillación. Lo vio azotado y vencido por sus enemigos. Sus amigos lo habían abandonado. La opinión pública se levantó en su contra. La crucifixión fue considerado inconsistente con el oficio de Mesías. Su condición humilde fue una piedra de tropiezo para el judío. Su muerte intensificó la duda y la incertidumbre del judío. Aún aquellos que creían en Él comenzaron a dudar ante la crucifixión. No hubo ni siquiera uno en esa multitud que dijera: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Y aún así, no obstante todos estos obstáculos, el ladrón vio a Jesús y discernió en Él su señorío y su poder redentor. ¿Cómo pudo este ladrón ver lo que los mismos discípulos no veían? No podemos dar otra respuesta a esta pregunta más que por la intervención divina y la operación sobrenatural. La fe que el ladrón tuvo en Cristo ese día fue un milagro de la gracia.

Debemos anotar que la conversión del ladrón tomó lugar antes de los sucesos milagrosos de aquel día. El ladrón clamó, “Señor acuérdate de mí” antes de la hora de las tinieblas y antes del grito triunfal, “consumado es”. Clamó a Jesús en fe antes de que la tierra temblara y antes que el centurión admitiera que “verdaderamente este es el Hijo de Dios”. Dios hizo que su conversión ocurriera antes de estos sucesos precisamente para magnificar su gracia soberana y para hacer reconocer su poder soberano. Dios eligió salvar a este ladrón bajo circunstancias no favorables para que ninguno se gloriará por su presencia. Dios hizo esto para demostrarnos que la salvación es del Señor y que toda conversión es el producto de la operación sobrenatural del Espíritu Santo.

Consideremos ahora al ladrón en sí, sus varios enunciados, su petición del Señor, y la respuesta de Jesús – “de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

1. Vemos aquí a un pecador ejemplar

Jamás entenderemos el mensaje de este cuadro bíblico si no estamos dispuesto a ver a la conversión del ladrón como un caso ejemplar. Hay quienes intentan demostrar que este ladrón fue más noble que el otro que fue crucificado junto con Jesús. Esto es contrario a los hechos. Es más, minimiza la gloria peculiar de la conversión del ladrón y resta de la magnitud de la gracia de Dios. Es importante notar que antes de la conversión de éste, no hubo distinción alguna entre los dos ladrones. Eran iguales en términos de su historia, su circunstancia y su naturaleza. La Biblia revela que ambos desdeñaron al Señor en su sufrimiento. “De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios. Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él” (Mt 27:41-44).

La condición y la acción de este ladrón fue ciertamente terrible. En el precipicio de la eternidad, se une con los enemigos de Cristo en su escarnio a nuestro Señor. Esta es una torpeza moral sin paralelo. Piénsalo – un hombre en el lecho de la muerte denigrando al Señor en su sufrimiento. ¡La depravación del hombre! ¡La enemistad nativa de la mente carnal en contra de Dios! No se sorprenda al saber, amigo lector, que esa misma depravación y torpeza moral se encuentra también en su corazón. Tal vez no lo crea. Tal vez no lo sienta. Pero eso no cambia los hechos. La Palabra de aquel que no puedo mentir dice: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer 17:9). Esta afirmación es nada menos que universal. Describe la condición de cada corazón humano en el nacimiento natural. La Escritura también declara: “Por cuanto los designios de Dios son enemistad contra Dios” (Ro 8:7). El diagnóstico es igual para todos los descendientes de Adán: “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro 3:22-23). Es triste decirlo, pero es la verdad. No es hasta que reconozcamos nuestra condición desesperada que descubrimos nuestra gran necesidad de un salvador. No es hasta que veamos nuestra propia condición corrupta e infestada de pecado que clamaremos al gran médico. No es hasta que encontremos en el ladrón un retrato de nosotros mismos que nos uniremos con él diciendo: “Señor, acuérdate de mí”.

Tenemos que ser humillados antes de ser exaltados. Tenemos que ser estirpados de los trapos sucios de nuestra propia justicia antes de ser revestidos con el ropaje de la salvación. Tenemos que venir a Dios con manos vacías, como limosneros, antes que de poder recibir el regalo de la vida eterna. Así es: tenemos que reconocernos a nosotros mismos como ladrones. “Pero”, dirá mi estimado lector, “¡yo no soy un ladrón! Reconozco que no soy perfecto. Reconozco además que soy pecador. Pero no soy un ladrón. No pienso ni actúo como ese hombre”. Mi amigo, su caso es mucho peor de lo que usted se imagina. Usted es un ladrón y un ladrón del peor tipo. ¡Le ha robado a Dios! Cada hombre ha sido creado para servir a Dios, pero cada hombre ha decidido servirse a sí mismo. Esto es robo. Todo lo que Dios ha dado al hombre para servirle a El ha sido usurpado por el hombre y utilizado para su propio beneficio. El pecado es robo. Es el robo de los recursos que Dios ha dado. En el retrato del ladrón está la imagen de todo pecador.

2. Vemos aquí que el hombre tiene que tocar fondo antes de ser salvo

Hemos contemplado al ladrón crucificado como un pecador ejemplar, una muestra de lo que son todos los hombres por naturaleza – enemigos de Dios. Hemos dicho también que la rebelión del hombre contra Dios no es más que un robo de los recursos que El ha dado. Veamos ahora que el ladrón no sólo fue ejemplar en su condición pecaminosa, sino que también fue ejemplar en el proceso de su conversión. Concentrémonos, pues, en su incapacidad.

Vernos a nosotros mismos como pecadores perdidos no es suficiente. El reconocimiento de nuestro estado de depravación total es sólo el primer paso en la conversión. El próximo paso es de reconocer que estamos en una bancarrota espiritual. No hay nada que podemos hacer por nuestro propio esfuerzo para remediar nuestra condición depravada. No hay remedio. No hay cura. Este es el segundo paso en la conversión. Pero si el primer paso es difícil, el segundo es más difícil aún. No es hasta que reconozcamos nuestra propia desesperación y que miremos más allá de nosotros mismos que podemos ser salvos.

La lepra es una muy buena metáfora de la condición humana. No hay cura para la lepra. El leproso era desterrado y desolado a causa de su enfermedad. Sólo Dios puede curar la lepra. Así también con el pecado. Sólo Dios puede remediar esta situación. Pero, como hemos dicho, el hombre es tardo para aprender esta lección. Es como el hijo pródigo que había huido lejos de su padre para gastar su fortuna. En vez de regresar a su padre cuando estuvo en necesidad, prefirió hacerse ciudadano de ese país y trabajar dándole de comer a los marranos. En otras palabras, fue a trabajar. Asimismo el pecador que ha sido despertado a su propia necesidad. Intenta trabajar para ganarse el favor de Dios. Pero su éxito será igual que el del hijo pródigo. Así también fue con la mujer azotada por la enfermedad durante muchos años. Intentó todos los médicos hasta que por fin tuvo oportunidad de ver al médico de médicos. Así el pecador iluminado busca reposo y paz en toda especie de rito y actuación religiosa volviéndose cada vez más hastiado consigo mismo. No fue hasta que la mujer gastara todo lo que tenía que buscó a Jesús. Así es también con el pecador. Gasta todo. Queda en bancarrota. Y entonces acude al Señor.

Antes de que el pecador puede ser salvo, tiene que reconocer su propia debilidad. Esto es lo que aprendemos de la conversión del ladrón moribundo. ¿Qué más podía hacer? No podía adoptar una vida santa y piadosa, pues estaba colgado en un madero. No podía hacer buenas obras, pues sus manos estaban atadas. No podía prometer vivir una vida mejor, pues estaba ya al punto de morir. Lector, aquellas manos y aquellos pies que tanto desea utilizar para buenas obras para exaltarse a sí mismo; ¡esas manos y pies también tienen que ser clavados en una cruz! El pecador tiene que ser bloqueado de sus propias hazañas y tiene que rendirse a la salvación soberana y total de Jesucristo. El reconocimiento de la condición pecaminosa, perdida y desesperada no es más que la antigua convicción de pecado que es el único requisito para ser salvo, pues Cristo vino al mundo para salvar a pecadores.

3. Vemos aquí el significado del arrepentimiento y la fe

El arrepentimiento puede considerarse de varias maneras. Incluye un cambio de parecer acerca del pecado, una tristeza a causa del pecado y un rechazo del pecado. Pero el arrepentimiento es más que esto. En verdad, el arrepentimiento es el reconocimiento de nuestra condición perdida. Es el descubrimiento de nuestra ruina. Es el juicio y la condena de nosotros mismos. Es el reclamo de nuestro estado perdido. El arrepentimiento es menos un proceso intelectual y más la activación de la conciencia en la presencia del Dios verdadero y real. Esto es exactamente lo que encontramos en el ladrón. Primero, le dice a su compañero: ¿Ni aún temes a Dios estando en la condenación? (Lc. 23:40) Poco antes se había sumado a aquellos quienes escarnecieron al Señor. Pero el Espíritu Santo obró en él y su conciencia se activó en la presencia de Dios. Fíjense que no preguntó ¿no temes al

castigo? Sino que preguntó ¿no temas a Dios? Ve a Dios como el juez. Y luego dice: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (Lc. 23:41). Aquí vemos que reconoce su propia culpabilidad y la justicia de su condena. Se condena a sí mismo. Se auto-sentencia. No hace excusas. No se excentúa. Reconoce que es transgresor y que por eso merece todo el castigo que se le ha otorgado. Lector, ¿ha tomado usted esta postura ante Dios? ¿Le ha confesado abiertamente sus pecados? ¿Se ha condenado a sí mismo? ¿Ha deliberado usted en su propia sentencia? ¿Ha reconocido que lo que merece es nada menos que la muerte? Cristo vino al mundo para salvar a pecadores. Vino a salvar a los pecadores que se reconocen como tales. Vino a salvar a aquellos que aceptan su condición de pecador ante un Dios infinitamente justa.

El arrepentimiento del ladrón se acompañó de fe en el Señor Jesucristo. Al contemplar la fe de este ladrón podemos notar primero que su fe tenía una base en la razón. Hemos anotado anteriormente la soberanía de Dios y la gracia irresistible y victoriosa que fueron mostrados en la conversión del ladrón. Ahora vemos otro lado de esta verdad, un lado que no contradice lo que hemos dicho anteriormente, sino que lo complementa y suplementa. Las Escrituras no enseñan que si Dios ha elegido a alguien que esa persona será salvo aunque crean o no. Eso es una conclusión falsa elaborada por aquellos quienes niegan la verdad. ¡No! Las Escrituras enseñan que el mismo Dios que predestinó el fin también predestinó los medios. El Dios que declaró la salvación del ladrón moribundo también cumplió su declaración al darle al ladrón la fe necesaria para creer. Esto es lo que enseña 2 Tesalonicenses 2:13: “pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”. Su fe se basó en la Palabra de Dios. La Palabra que colgaba encima de la cruz de Cristo: “Este es Jesús el Rey de los Judíos”. Poncio Pilato había colocado esa inscripción en desdén. Pero era la verdad y después de que lo escribió, Dios no permitió que lo cambiara. Esa inscripción fue llevado por Jesús a lo largo del camino del Calvario. Y el ladrón lo leyó. Y la intervención divina le abrieron los ojos y le abrieron el entendimiento y supo que era la verdad. Su fe aprehendió que Jesús es el Señor. La fe siempre depende de la Palabra de Dios escrita.

Antes de que el hombre pueda creer en Jesús tiene que saber que Jesús es el Cristo. A menudo se hace una distinción entre la fe de la cabeza y la fe del corazón. Esta es una distinción debida, real y vital. A veces se dice que la fe de la cabeza carece de valor, pero esto es necesidad. Tiene que haber fe de la cabeza si hay fe del corazón. Tenemos que creer intelectualmente antes de que podamos creer en el Señor para salvación. Esto lo vemos en conexión con el pagano – el pagano no cree intelectualmente, por lo tanto, no puede ser salvo. Es un lugar común decir que la fe de la cabeza no puede salvar si no viene acompañado de una fe del corazón. Pero al mismo tiempo, la verdad es que una fe del corazón no puede existir sin una fe de la cabeza. ¿Cómo pueden creer aquellos que no han escuchado de El? Es cierto que se puede creer acerca de Dios sin creer en Dios. Pero no se puede creer en Dios sin primeramente creer acerca de El. Y así fue con el ladrón. Lo más probable es que jamás había visto a Jesús antes de ese día. Sin embargo, vio la inscripción que testificaba acerca de quién era Jesús y el Espíritu Santo usó esta inscripción como la base de su fe. Decimos, pues, que su fe, en primera instancia, fue una fe de la cabeza. Creyó en el testimonio escrito de Jesús. Después de lograr asentir intelectualmente a la verdad acerca de Jesús, el ladrón pudo confiar plenamente en El como el Salvador soberano de sus pecados.

Sí. El ladrón tuvo una fe de corazón que dependía fundamentalmente en Cristo como Salvador de sus pecados. Intentaremos simplificar aquí. Un hombre puede creer intelectualmente en Jesús y estar aún perdido. Puede creer en el Cristo de la historia y esto no le ayuda. Lo mismo le da creer en el Napoleón de la historia. Estimado lector, puede usted creer todo acerca de Jesús – que vivió una vida perfecta, que sufrió una muerte injusta, que victoriosamente resucitó, que ascendió en gloria, que

volverá – pero esto no constituye una base de la salvación. La fe del evangelio es una fe que confía en el Señor. La fe salvadora es más que una opinión correcta o una secuencia lógica apropiada. La fe salvadora trasciende la razón. ¡Mire de cerca a este ladrón! ¿Fue razonable que Cristo se fijara en él? ¿Fue razonable esperar que fuera este ladrón llevado al Paraíso? Oh, estimado lector, la cabeza razona pero el corazón no. La petición de este hombre vino del corazón. No pudo usar sus manos, ni sus pies, pero le quedaba uso de sus labios y de su corazón. Estos miembros podían creer y confesar – “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Ro 10:10).

Notamos además que la fe del ladrón fue una fe humilde. Oró con modestia y con humildad ante el Señor. No pidió, “Señor, hónrame”. No dijo “Señor, exáltame”. No. Dijo “Señor, piensa en mí, acuérdate de mí”. La palabra “acuérdate” fue maravillosamente apropiada. Pudiera haber dicho, perdóname, salvame, bendíceme; pero al decir acuérdate ya estaba pidiendo todo eso. Un interés en el corazón de Cristo es un interés en todos sus beneficios. Esta palabra también fue muy apropiado para la condición de aquel que la enunció. El ladrón existía en la margen de la sociedad. ¿Quién se iba a acordar de él? ¿El público? ¿Sus amigos? ¿Su familia? No. Ninguno de estos se iba a acordar de No. Ninguno de estos se iba a acordar de él. Pero hubo uno a quien pidió que se acordara de él – Señor, acuérdate de mí.

Finalmente, notamos que la fe del ladrón fue una fe de valor. Tal vez este aspecto de la fe del ladrón no sea obvia. Veámoslo con más detenimiento. Los ojos del público estaban clavados en aquel que ocupaba la cruz central; éste fue el objeto del escarnio de las masas, éste el motivo de la burla y el desdén. Cada facción de esa multitud se sumó al abuso y al escarnio de nuestro Señor. Según Mateo, todos los que pasaban lo insultaban junto con los sumos sacerdotes, los ancianos y los escribas. Según Lucas, los soldados también se burlaban de El. Por eso, es fácil entender como los ladrones también se sumarían a esa burla. Sin duda, los sacerdotes y los escribas se deleitaban en la burla que los ladrones le hacían a Jesús. Pero de repente hubo un cambio. En vez de continuar con la burla, el ladrón se voltea y mira a su compañero reprendiéndole y diciendo: “Este hombre no ha hecho nada malo”. Y así este ladrón condenó a toda la nación judía. Pero además no es que simplemente reconoce la inocencia de Cristo sino que también lo declara Rey. Hoy hablamos del valor que se requiere para testificar en público de Jesús. Imagínense el valor que tuvo este ladrón.

4. Vemos aquí un caso maravilloso de iluminación espiritual

El progreso de este hombre en aquellas últimas horas es grato. Su crecimiento en gracia y en el conocimiento del Señor asombra. De las pocas que enunció en ese momento, podemos discernir siete lecciones que él había aprendido del Espíritu Santo.

Primero, expresa su creencia en una vida eterna en que los pecados serían retribuidos por un Dios justo. “¿No temes a Dios?” Con esta pregunta se dice todo. Reprende a su compañero diciendo ¿cómo tienes la audacia de escarnecer a este hombre inocente? Acuérdate de que pronto estarás ante Dios y tendrás que responder a El. Dios es digno de ser temido, por lo tanto es mejor callar.

Segundo, hemos visto que reconocía a su propio pecado. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (Lc 23:40-41). Reconoció que era transgresor. Vio que su transgresión merecía la condena justa. Reconoció que el salario de su pecado era la muerte. Su compañero ni lo confesó ni lo reconoció.

Tercero, testificó de la perfección y la inocencia de Jesús. “Este ningún mal hizo” dijo. Aquí anotamos los esfuerzos de Dios en que se reconociera y proclamara el carácter puro y sin mancha de

su Hijo. Esto lo vemos en especial en los últimos momentos de la vida de Cristo. Dijo Judas, “he traicionado a sangre inocente”. Poncio Pilato declaró “no encuentro falla en El”. La esposa de Pilato dijo: “libérate de este hombre justo”. Y ahora que está colgado en un madero, Dios abre los ojos del ladrón para que el también declare la perfección y la justicia de su Hijo.

Cuarto, no solamente reconoció la humanidad perfecta de Jesús sino que también confesó al Dios trino – “Señor, acuérdate de mí” clamó. ¡Qué petición tan maravillosa! El Salvador colgado en un madero. El objeto del odio de los judíos. El blanco de la burla y el escarnio de una multitud insensata. El ladrón había escuchado los desafíos cínicos de los sacerdotes: “Si en verdad eres el Hijo de Dios, bájate de esa cruz”. Vio también que Jesús no respondió. Pero por fe y no por vista, el ladrón reconoce y confiesa la deidad de Jesús.

Quinto, creyó que Jesucristo es el salvador. Había oído a Jesús cuando oró por sus enemigos diciendo, “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Esa pequeña oración en realidad fue un sermón señalando el verdadero carácter de Jesús. El gemido del ladrón, “Señor, acuérdate de mí”, era también el gemido, “Señor, sálvame”. Esto implica nada menos que la fe en el Señor Jesucristo como salvador.

Sexto, mostró su fe en el señorío de Jesucristo – “cuando entres en tu reino” reza su petición. Esta también es una palabra maravillosa. Las circunstancias externas negaban rotundamente el señorío de Cristo. En vez de estar sentado en un trono, estaba colgado de un madero. Su frente estaba adornado de espinas. En vez de ser alabado y exaltado, fue humillado entre los transgresores. A pesar de todo esto, Jesús siguió siendo Rey y Señor – Rey de los judíos (Mt 2:2).

Finalmente, miraba hacia al futuro a la segunda venida de Cristo – “cuando vengas” dice. Miraba más allá del presente hacia al futuro. Vio más allá del sufrimiento para divisar la gloria. Detrás de la cruz, el ojo de fe miraba la corona. En esto fue el ladrón primero que los apóstoles, pues la incredulidad les había cegado.

Y ¿cómo podemos explicar la inteligencia espiritual de este ladrón moribundo? ¿Cómo supo tales cosas acerca de Cristo? Se puede explicar únicamente a través de la influencia divina. El Espíritu Santo le enseñó todas estas cosas. ¡Qué gran ilustración de cómo las cosas espirituales se esconden de los sabios y prudentes pero se revelan a los sencillos y humildes.

5. Vemos aquí que Cristo es Salvador

Las cruces estaban apenas unos pies de distancia y no tardó nuestro Señor en escuchar el clamor del ladrón penitente. ¿Cuál fue su respuesta? Pudiera haber dicho: tu destino sólo te has forjado. Pudiera haber dicho: eres un vil ladrón y la muerte es lo que mereces. Pudiera haber dicho: los has dejado para el último, me tenías que haber buscado antes. Pero la realidad es que Jesús había prometido que aquel que lo buscaba no sería negado. Esto lo comprueba en este instante.

El Señor no se fijó en los reproches que le hacían la multitud. Tampoco respondió a los desafíos de los sacerdotes. Pero a la oración de este ladrón contrito y creyente sí le cautivó la atención. En ese mismo instante estaba luchando en contra de las fuerzas de las tinieblas y soportando la carga de los pecados del mundo. Pensaríamos que en esa situación no se molestaría para atender al clamor de un ladrón. Ah, pero no hay un mal momento para venir ante el Señor en arrepentimiento. Hoy es el día de la salvación. Inmediatamente le responde y esa respuesta reconforta al pecador como sólo Jesús puede.

La salvación del ladrón arrepentido demuestra no sólo que Jesús está presto para salvar, sino que también tiene el poder para salvar. El Señor Jesucristo no es un salvador débil. Gloria a Dios, El puede salvar a todos aquellos que vienen en pos de El. Esta verdad se demostró claramente en la cruz del Calvario. Cuando el ladrón clamó, Señor acuérdate de mí, Jesús estaba en una agonía indescriptible. Pero aun así, tuvo el poder para salvar su alma de la muerte y abrirle las puertas del Paraíso. No hay que dudar nunca del poder ni de la suficiencia infinita de nuestro Señor. Si Jesús pudo salvar colgado de un madero, ¿cuánto más puede salvar resucitado y sentado a la diestra de Dios?

La salvación del ladrón demuestra que Jesús está dispuesto para salvar a todo aquel que viene en pos de El. Así como Cristo recibió a este ladrón penitente, así también recibe a todo el que lo busca. Este ladrón no estaba fuera del alcance de la misericordia divina. Ninguno que responde a la invitación de Jesús lo está. El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lc 19:10). El Evangelio de Cristo es poder de Dios para todo aquel que cree (Ro 1:16). No hay límites ni fronteras para la gracia de Dios. Aun para el mayor de los pecadores se ha dado un Salvador (1 Ti 1:15). Aun aquellos que están en el lecho de la muerte pueden ser salvos. Personalmente, creo que son muy pocos los que se salvan en el lecho de la muerte. Es la cúspide de la necedad postergar la salvación hasta el momento de la muerte, pues no hay garantía que habrá tal oportunidad. Muchos mueren repentinamente, sin oportunidad para clamar a Cristo. Como dijera uno de los Puritanos: “hay un caso en la Biblia para que nadie pierda la esperanza, pero sólo es uno para que nadie se confíe”.

Sí, vemos aquí que Jesús es el Salvador. Vino al mundo a salvar a pecadores y partió del mundo y llegó al Paraíso con un ladrón salvado – ¡el primer trofeo de la sangre redentora!

6. Vemos aquí el destino del creyente después de la muerte

En su excelente libro *Las siete palabras de Cristo en la cruz*, el Dr. Anderson-Berry ha señalado que la palabra “hoy” tiene una colocación desafortunada en la sintaxis de nuestra versión castellana. La forma de la respuesta de Cristo en este pasaje se asocia de forma paralela con la petición del ladrón. Esta asociación paralela se puede concebir como sigue:

<u>El Ladrón</u>	<u>Jesucristo</u>
Y dijo a Jesús	Entonces Jesús le dijo
Señor	De cierto te digo que
Acuérdate de mí	Estarás conmigo
Cuando venga	Hoy
En tu reino	En el paraíso

Con esta sintaxis descubrimos el énfasis correcto. La palabra enfática en la respuesta del Señor es “hoy”. Esta respuesta ilustra maravillosamente cómo la gracia divina sobrepasa siempre las expectativas humanas. El ladrón pidió que el Señor se acordara de él en su reino, pero Cristo le asegura de que antes de que se termine ese día estará con el Salvador. El ladrón pidió ser reconocido y aceptado en un reino terrenal, pero Cristo le da acceso y entrada al paraíso. El ladrón pide que Jesús se acuerde de él, pero Cristo declara que estará con él. Así es que Dios siempre sobrepasa nuestras expectativas.

La respuesta de Jesús no sólo demuestra que el alma permanecerá después de que se acabe el cuerpo, sino que también anota que el creyente estará con Jesús en el intervalo entre la muerte y la resurrección. Esta verdad se destaca en la respuesta de Jesús pues inicia su respuesta con la frase “de

cierto te digo”. Fue precisamente la verdad de que al morir estaremos con Cristo que animó al mártir Esteban cuando clamó, “Señor Jesús recibe mi espíritu” (Hc 7:59). Fue esta misma expectativa gloriosa a la que aludió el Apóstol Pablo cuando dijo “porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil 1:23). El ateo dice que al morir, el ser humano queda inconsciente en una tumba. El creyente sabe que lo que espera al muerto es una estancia en el paraíso con Cristo.

¡Cómo se ha esmerado Satanás en ocultar esta verdad de los santos de Dios! En primer lugar, ha propagado el dogma falso del estado inconsciente de los muertos. En segundo lugar, ha inventado la noción horrorosa del purgatorio para levantar una barrera adicional entre el creyente y el paraíso. La palabra de Cristo al ladrón arrebató categóricamente a estas dos falsedades. En el momento que una persona cree en Jesús es apto “para participar de la herencia de los santos en luz” (Col 1:12). “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Heb 10:14). Nuestra posición después de la muerte depende única y exclusivamente de la sangre de Cristo y no de nuestros propios esfuerzos o méritos.

7. Vemos aquí como el Señor anhela la comunión

La cúspide de la gracia y la suma del privilegio cristiano se encuentra en la comunión. Dios nos ha llamado a la comunión con su Hijo (I Cor 1:9). Muchas veces se nos ha dicho que hemos sido salvados para servir. Esto es cierto. Pero es tan sólo parte de la verdad. Somos salvos también para la comunión. Dios tuvo innumerables siervos antes de que viniera Cristo. Los ángeles existen únicamente para servirle. Cristo vino, no para crear siervos principalmente, sino para crear comunión con el hombre perdido y desamparado.

Lo que hace atractivo al cielo no es la falta de llanto y dolor. Lo que hace atractivo al cielo no es que veremos otra vez a aquellos que han fallecido. Lo atractivo del cielo no son sus calles de oro y sus puertas de perla - ¡no! El cielo sin Cristo no sería cielo. Lo que hace atractivo al cielo es que allí es donde está Jesucristo. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Preguntaba el salmista (Sal 73:25). El cielo se hace cielo cuando hay comunión entre Cristo y sus santos. Su corazón anhela la presencia de los santos.

Esta realidad se revela plenamente en la palabra de Jesús al ladrón penitente. “Señor, acuérdate de mí” fue su clamor. ¿Cuál fue la respuesta? Véanlo cuidadosamente. Pudo haberle dicho “hoy estarás en el paraíso”. Claramente esto le hubiera consolado al corazón del ladrón. Sin embargo, el Señor no estuvo contento con eso. El Señor requiere no sólo que su alma esté en el paraíso, sino que esté en el paraíso con el Señor. El Apóstol Pablo lo expresó bien al decir “pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor” (2 Co 5:8). Estar por siempre con el Señor (1Ts 4:17) es la finalidad absoluta de nuestra esperanza; tenernos por siempre con El es el anhelo y la expectativa suprema de Dios. ¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!